

4. Las clases sociales en España

Cuando se habla de estratificación social, una metáfora geológica que diferencia entre estratos inferiores y superiores, hacemos referencia a la desigualdad social institucionalizada resultado de los procesos de estructuración en los diferentes campos: económico pero también demográfico, político y cultural. Esta estratificación social no es obviamente aleatoria sino que sigue una serie de pautas y que, por tanto, muestran constancia y estabilidad en el tiempo y están generalmente apoyadas por ideas que las legitiman. La metáfora de la estratificación describe el desigual acceso y distinta distribución a los bienes, recursos y capitales, socialmente valorados y relativamente escasos, y la clasificación desigual de los diferentes grupos y posiciones sociales.

La estratificación social y las clases sociales son fenómenos diferentes, aunque relacionados (Beltrán, 1994). Los dos hacen referencia a la desigualdad y, en las sociedades capitalistas, las clases sociales es un aspecto básico de la estratificación social. Asimismo, la desigualdad social institucionalizada en términos económicos, políticos y culturales, es el fundamento del sistema de clases. Por otra parte, la pertenencia a una u otra clase -se defina este término como se defina- no es el único factor de estratificación social, ya que éste se combina de forma desigual con otros como el género, la raza y la etnia, los grupos de edad y, con creciente relevancia, el estatus jurídico como ciudadano o extranjero. En este texto, nos vamos a centrar en el análisis de las clases en la sociedad española.

En las tres últimas décadas se ha dado un creciente desinterés sobre la relevancia social de las clases y la utilidad del tema para la sociología, cuando no se ha hablado abiertamente de obsolescencia. Sin embargo, el tipo de relación con los medios de producción, la situación en el mercado de trabajo y la disposición de cualificaciones, por citar tres rasgos diferentes y desde diferentes ópticas teóricas, siguen siendo factores de estratificación básicos que agrupan a los individuos en grandes grupos sociales diferenciados según sus situaciones materiales y socioeconómicas, sus experiencias de trabajo y de vida, etc. Cuestión distinta es que de estos agrupamientos no se derivan los alineamientos y dinámicas sociopolíticas que se les ha sólido atribuir en el pasado. Esto no quiere decir, en mi opinión, que las clases sociales están superadas sino, más bien, lo que está superada es la consideración de las clases sociales como "hecho social total" en el sentido que de ellas se pudieran derivar y explicar cualquier tipo de fenómeno social. Dicho de otra forma, sin caer en ese extremo -propio de determinado marxismo-, el análisis de las transformaciones de la estructura de clases nos resulta útil no sólo para conocer y analizar sus efectos obvios (desigualdad económica y consecuencias), sino también en relación a otras dinámicas sociopolíticas.

En la tradición sociológica, a partir de los años 50 y 60, podemos hablar de dos grandes enfoques o escuelas. Uno, derivado del funcionalismo, aborda la cuestión en términos

graduacionales y contempla la sociedad como un conjunto de estratos basados en los estatutos-roles derivados de la ocupación y los ingresos. El otro enfoque, relacional, inspirándose en Marx y Weber, adopta el concepto de clase para designar grupos económicos, basándose en la posición respecto a las relaciones sociales de producción, la propiedad y / o la situación en el mercado. Los análisis funcionalistas consideran que la estratificación social es el resultado que, según los estándares de valor del sistema social, ordena jerárquicamente los diferentes estatus-roles. Así, según Davis y Moore, las posiciones superiores corresponden a las personas cuyas acciones, méritos y cualificaciones, son más funcionales para el sistema y que por tanto obtienen un acceso diferencial a los recursos escasos y socialmente más valorados. Para Parsons (1984), en las sociedades industriales modernas el sistema de valores acentúa la importancia de la estructura ocupacional y aquellos que ajustan su comportamiento a los ideales de logro de esta estructura ocupacional, los más funcionales, serán recompensados con un estatus más elevado, mayor renta y riqueza. Este planteamiento ya fue criticado por Mills (1957) en su obra, *La élite del poder*, donde planteaba que el poder y la influencia que conlleva un estatus elevado no es tanto funcional para el conjunto de la sociedad como para los intereses de los grupos sociales dominantes legitimados por la supuesta meritocracia norteamericana.

El otro planteamiento, el relacional, parte del concepto de clase y es heredero de las teorías clásicas de Marx y Weber. Las clases en Marx se derivan de las relaciones sociales de producción y, más en concreto bajo el capitalismo, de la propiedad o no de los medios de producción. No vamos a entrar ahora en los planteamientos de Marx, su visión de dos clases fundamentales -burguesía y proletariado-, la desaparición gradual del resto de clases y la conversión del proletariado, mediante la experiencia de luchas sociales, de "clase en sí" en "clase para sí" (revolucionaria). Todo ello generó diferentes polémicas en el seno de la corriente marxista¹. Otro planteamiento es el weberiano. Según Weber, en la sociedad se puede distinguir tres órdenes: el económico, el social

¹ En Marx, el término clase es polisémico. Por una parte, tiene una dimensión objetiva predominante, la posición en el modo de producción, por otra parte, tiene una dimensión subjetiva, la "clase para sí". En Marx, encontramos un análisis de las clases que hace derivar éstas estrictamente de la estructura económica, aspecto sobredimensionado en Althusser, Poulantzas y la corriente marxista estructural, y otro que destaca la lucha de clases, donde se basa por ejemplo, la corriente historiográfica marxista inglés, con Thompson a la cabeza. En polémica con Althusser, Thompson afirma: "las formaciones de clase surgen en la intersección de la determinación económica y la actividad propia de la gente [...] el proceso de formación de clase consiste en un hacerse a sí mismo, si bien bajo condiciones que vienen dadas" (Thompson, 1981: 167). Por otra parte, el análisis de Marx oscila entre el nivel macro-histórico, con un esquema de dos clases principales en todos los modos de producción de la historia, como el Manifiesto Comunista o La ideología alemana, y sus análisis más concretos, El 18 Brumario de Luis Napoleón o La lucha de clases en Francia, donde junto a la burguesía y el proletariado conviven otras clases, como el campesinado o la pequeña burguesía, (Wright, 1994; Del Río, 1986). Otros temas de debate entre los marxistas ha sido el carácter revolucionario atribuido al proletariado, posteriormente desmentido por la historia europea del siglo XX, la tendencia a la "pauperización" del proletariado como consecuencia del desarrollo capitalista, etc.

(cultural) y el político. Al primero pertenecen las clases, al segundo los grupos de estatus y al tercero los partidos políticos (en sentido amplio). La situación de clase es "el conjunto de las probabilidades típicas de provisión de bienes, de posición externa y de destino personal, que derivan, dentro de un determinado orden económico, de la magnitud y naturaleza del poder de disposición (o de la carencia de él) sobre bienes y servicios y de las formas de su aplicabilidad para la obtención de rentas y / o ingresos" (Weber, 1993b: 242).

Siguiendo a Burris (1992) y Crompton (1994) podemos establecer las siguientes diferencias principales entre las concepciones de Marx y Weber. Mientras que el primero sostiene una concepción unidimensional de la estratificación, centrada en las clases, el planteamiento del segundo es más multilateral ya que las relaciones de clase se mezclan con las relaciones de estatus y de partido. Para Marx, las clases son expresión de las relaciones sociales de producción, mientras que Weber las considera posiciones comunes en el mercado. En Marx, la lógica central de las relaciones de clase es la explotación, mientras que Weber destaca la dominación. No habría que olvidar, que Marx considera la estructura de clases como objetiva, mientras que el análisis de Weber se inscribe en una teoría de la acción social. Weber, por último, introduce el criterio de la movilidad social ya que la movilidad o inmovilidad social "contribuye a crear una homogeneidad de experiencias de vida, que son las que en última instancia configuran las clases como grupos sociales diferenciados" (Brunet y Belzunegui, 2006: 303).

La hegemonía funcionalista representó un cuestionamiento de la noción de clase, en particular del papel de las relaciones de propiedad como soporte de esta noción, dando lugar a la proliferación de esquemas multidimensionales -más o menos weberianos- y, sobre todo, "a ejercicios empiristas mediante escalas de estatus faltas, con frecuencia, de fundamentación teórica" (Kerbo, 2004: 114). A ello contribuyó, en buena medida, la incapacidad relativa del esquema marxista clásico para explicar los nuevos fenómenos como la progresiva diferenciación entre propiedad y control, el impacto de los cambios técnicos y organizacionales, la importante eclosión de las llamadas clases medias (directivos, supervisores, profesionales y técnicos) (Bretones, 2001: 91; Brunet y Belzunegui, 2006: 303).

Sin embargo, a partir de la década de los años 70 y 80, se dieron intentos de responder a la nueva situación, en unos casos desde perspectivas neo-weberianas, como Parkin y Goldthorpe, y en otros casos, desde perspectivas neo-marxistas con elementos weberianos, como Miliband y Wright. Entre los neo-weberianos, Parkin (1984) destaca que el "sistema de clases" del capitalismo desarrollado se fundamenta en dos procesos sociales próximos: la asignación de salarios en las diferentes ocupaciones y el proceso de selección y reclutamiento impuesto como reglas de funcionamiento social. En su teoría, juegan un papel fundamental, además del sistema productivo, otras instituciones sociales como la familia y la escuela. Por su parte, Goldthorpe (1993) se interesa por el grado de movilidad o cierre social. Para él, los componentes principales de la posición de clase son la situación en el mercado, la disposición o no de los diferentes recursos productivos como medios de producción y cualificaciones, y la situación en el trabajo, concretado en el grado de control sobre el entorno laboral.

Goldthorpe, como otros neo-weberianos, relativiza las relaciones de propiedad y enfatiza la estructura ocupacional y, dentro de esta, la distinción entre ocupaciones manuales y no manuales, en tanto que umbral asociado a diferencias de consideración y prestigio. El concepto central en Goldthorpe es el de "clase de servicio", que agrupa a directivos, profesionales y funcionarios con autoridad, calificación y considerable libertad respecto al control de otras personas. Así, establece un sistema simplificado de tres clases sociales: la clase de servicios, las clases intermedias y los trabajadores, donde los empresarios se incluyen de forma poco coherente en la clase de servicios².

De las teorías neo-marxistas sobre las clases sociales los dos autores más destacados son Miliband y Wright, que toman elementos de la tradición weberiana. La propuesta de Miliband (1990) pone el acento no tanto en la situación de explotación, sino en los rasgos de las relaciones de dominación, clave para la explotación que describe la desigualdad social derivada del sistema capitalista. Para Miliband, las tres fuentes principales de dominación son: (i) la posesión y/o el control de los medios de producción, (ii) el control de los medios de la administración y del Estado y (iii) el control de los medios de comunicación y, más en general, de aquellos que generan consenso. Así, Miliband establece una pirámide con la clase dominante en la cima, formada por la élite del poder (propietarios y / o gestores de las grandes empresas y los altos gestores públicos) y por el estrato inferior de la clase dominante, una clase intermedia, con dos estratos, y la clase subordinada inferior, también con dos estratos.³ Por su parte, Wright (1993, 1994) establece tres criterios de estratificación clasista según se disponga o no de bienes de capital (en realidad, medios de producción), bienes de organización y / o bienes de cualificación. Esta distinción da lugar a una matriz de doce posiciones que pueden reducirse a tres: "propietarios de los medios de producción", "clase media" y "clase trabajadora", donde la segunda incluye a todos los asalariados que poseen bienes de organización (ocupan posiciones de autoridad y control) y/o bienes de cualificación (profesional y técnica). Haciéndose eco de una opinión ampliamente extendida, González (1992) y Garrido y González (2005), destacan como las categorías de clase que implican "bienes de calificación" y/o "de organización" son difícilmente operativizables si no es con la utilización de categorías ocupacionales, normalmente estrechamente vinculadas a la posesión de titulaciones profesionales, aunque las categorías ocupacionales están explícitamente excluidas del marco teórico

² El sistema de Goldthorpe también se presenta como un modelo desarrollado de siete clases (dos correspondientes a la clase de servicios, superior e inferior, tres en las clases intermedias y dos en las clases trabajadoras). Una de las críticas a Goldthorpe ha sido la incoherencia de introducir a los empresarios dentro de la clase de servicios o, en caso contrario, dejarlos fuera de su sistema teórico (Crompton, 1994; Garrido y González, 2005).

³ El modelo de Miliband ha sido muy aplicado. Kerbo (2004), por ejemplo, presenta un análisis de la estratificación social en los Estados Unidos y en Japón sobre la base del esquema de este autor. Por su parte, el manual de Bretones (2001) el modelo teórico que destaca es el de Miliband.

de Wright.⁴ En la misma línea, aunque en términos más generales, Beltrán (1994) destaca que para operativizar la clase, es decir "el lugar que (se) ocupa en el sistema productivo... los estudios incluso los más ortodoxos, se basan con frecuencia en el empleo o profesión ". Así, pasa, también con los intentos de operativizar el modelo de Wright a la realidad española, como se vera.

Análisis empírico de la estructura de clases española

Definimos de una forma u otra las clases sociales es evidente que en las últimas cuatro décadas la estructura de clases se ha transformado en España. Por decirlo de forma sintética, hemos pasado de una estructura focalizada en una clase obrera ampliamente mayoritaria y una relevante pequeña burguesía o vieja clase media (pequeños propietarios, comerciantes, etc.), en los inicios de los años 70, una estructura propia de una sociedad de industrialización tardía, con importante presencia de elementos tradicionales, a otra estructura de clases, "dominada" por las clases medias, particularmente las nuevas clases medias (profesionales y técnicos), y una importante presencia de las clases trabajadoras (con una clase dominante, propietarios y altos directivos, que básicamente se ha mantenido estable). Estos procesos de cambio están relacionados con las diversas transformaciones de los últimos tiempos, particularmente en lo que respecta a la estructura productiva y el mercado de trabajo. Entre estas transformaciones podríamos señalar: el aumento de la asalarización, la pérdida de peso del sector industrial y la creciente terciarización; la tendencia a la dualización del mercado de trabajo que ha supuesto el aumento de los profesionales y técnicos pero también de las ocupaciones menos cualificadas; la puesta en pie del Estado de Bienestar español, particularmente desde 1985 hasta 1995 , y la expansión del empleo público de profesionales y administración, en enseñanza y sanidad pero también, aunque en menor medida, en servicios sociales.

Para analizar más en detalle estos cambios presentaremos dos aproximaciones empíricas a la estructura de clases en España. No son coincidentes, ni en el tipo de datos que presentan ni en el marco teórico o conceptual desde el que se realiza el análisis. Con todo, la comparación entre las dos aproximaciones nos permitirá señalar las grandes tendencias de cambio en la estructura de clases española y discutir su significación. La primera aproximación es la realizada por Requena (2001), de carácter muy general y referida al siglo XX español. Basada en diversos estudios, esta aproximación opera con un esquema muy sencillo de clases, cuatripartito como veremos. La segunda aproximación se basa en el trabajo de Garrido y González (2005), referido al periodo 1976-2004. Estos autores parten de los marcos conceptuales de Wright y Goldthorpe que antes hemos comentado y, en base a los datos de la EPA, operativizan las clases medias del primero y la "clase de servicio" del segundo.

⁴ De acuerdo con Wright (1994), el empleo pertenece al orden de "las relaciones técnicas de producción" mientras que la clase se define, en principio, por la posición respecto a las relaciones sociales de producción. Clase y empleo se sitúan en órdenes teóricos básicamente diferentes.

Nosotros, en base a los datos de la EPA que dan Garrido y González, presentaremos unos cuadros de conjunto de la estructura de clases.

El trabajo de Requena (2001) pretende mostrar "las etapas por las que ha transcurrido el proceso de modernización de la estratificación social española", desde una sociedad agraria a una sociedad industrial, 1970, a una postindustrial, a partir de 1986. Nosotros nos centraremos en el período 1970-2000. Requena no presenta un marco teórico o marco conceptual para su análisis de la estructura de clases, sino que opta por una definición sociológica convencional. Además de mostrar la evolución de las clases en el siglo XX, el interés de Requena está centrado en el surgimiento y desarrollo de las clases medias, "propias de una sociedad postindustrial, de servicios". Requena distingue: (i) la "clase obrera" o las "clases trabajadoras", compuestas por los trabajadores manuales, cualificados y no cualificados, de la agricultura, la industria y los servicios, (ii) la "vieja clase media, es decir, los pequeños propietarios y autónomos", (iii) " las nuevas clases medias "compuestas por los empleados de oficina, técnicos, profesionales y vendedores ", y (iv)," la clase alta que incluye a los empresarios, los gerentes y directivos". En la caracterización de Requena, muy sumaria, destaca que la nueva clase media no sólo se caracteriza por sus ocupaciones, asalariados cualificados no manuales, sino por el aumento de sus niveles de instrucción y unas "pautas de consumo y estilos de vida similares a los de las clases medias"⁵. El resultado que obtiene se sintetiza en el cuadro 1.

Cuadro 4.1. La evolución de la estratificación de clases en España (en %), según Requena. 1970-2000.

| Años | Clase alta | Vieja clase media | Nuevas clases media | Total clases media | Clase Obrera |
|------|------------|-------------------|---------------------|--------------------|--------------|
| 1970 | 5,3 | --- | --- | 37,8 | 57,0 |
| 1987 | 5,2 | 36,0 | 24,4 | 60,4 | 38,5 |
| 1993 | 6,1 | 28,8 | 30,5 | 59,4 | 34,6 |
| 1994 | 5,6 | 13,9 | 38,0 | 51,9 | 42,5 |
| 1997 | 6,3 | 13,2 | 40,3 | 53,5 | 40,3 |
| 2000 | 6,4 | 11,5 | 45,2 | 56,7 | 39,9 |

Fuente: Requena (2001). Los datos utilizados: 1970, De Miguel (1974: 373); 1987: EPA; 1993. FOESSA V (1994); 1997 y 2000: elaboración del autor a partir de la EPA.

Es, como se ve, un cuadro general pero que muestra las tendencias generales de estos treinta años. Según Requena (2001), en 1987 España ya se había convertido en una "sociedad de clases medias" característica de una sociedad postindustrial (en 1986, los

⁵ Requena utiliza para las nuevas clases medias un criterio objetivo ocupacional, trabajo asalariado no manual, otro de cualificación y otro criterio digamos subjetivo: su identificación con la clase media (e, implícitamente, la no auto-identificación como a trabajadores, en sentido clásico). La aproximación de Requena es claramente neoweberiana ya que considera que los trabajadores no manuales forman parte de la nueva clase media.

servicios ya representaban el 51,9% de la estructura productiva española). El esquema tripartito de tres clases, alta, media y obrera, no conoce variaciones significativas desde finales de los años 80 hasta la actualidad. Lo que sí se modifica es la composición de la clase media. En su seno, la vieja clase media pasa de representar el 36% en 1987 a suponer el 11,5% en 2000. De forma correlativa, la nueva clase media pasa del 24,4% en 1987 al 45,2% en el año 2000.

Cuadro 4.2. La evolución de la estratificación de clases en España según el modelo de Goldthorpe simplificado y modificado, en %. 1976-2004.

| | 1976 | 1986 | 1996 | 2004 |
|-------------------|-------|-------|-------|-------|
| Empresarios | 3,06 | 3,12 | 4,72 | 4,94 |
| Clase de servicio | 9,66 | 12,34 | 16,22 | 22,00 |
| Clase media | 21,98 | 27,29 | 27,74 | 25,23 |
| Clase obrera | 48,29 | 45,31 | 42,69 | 44,53 |

Elaboración propia. Fuente: Agrupación de les CSE de la EPA de Garrido i González (2005). Clase de servicio: agrupaciones 4, 6 i 7, Clase media: agrupación 7 y 8, Clase obrera: agrupación 9 y 10. Los totales no coinciden ya que se refieren a la ocupación no agraria.

Por su parte, Garrido y González (2005) se acercan a la evolución de la estructura de clase mediante los cambios en la estructura ocupacional, entre 1976 y 2004, en base a los datos de la EPA. Estos autores sintetizan las 18 categorías socioeconómicas (CSE) de la EPA, más el grupo de no clasificables, en 10 grupos en base a los cuales operativizar su trabajo.⁶ Su interés se centra, aunque no exclusivamente, en la evolución de "la clase de servicio" de Goldthorpe y de las "clases intermedias" de Wright, respecto al total de la ocupación no agraria⁷. Garrido y González no presentan un cuadro de conjunto del sistema de clase de Goldthorpe y de Wright, cuestión que intentaremos presentar aquí utilizando el anexo de datos de la EPA entre 1976 y 2004 que proporcionan a su texto.

⁶ La agrupación que realizan Garrido y González (2005) es la siguiente: Grupo 1. Agricultura por cuenta propia (CSE 1, empresarios agrarios, CSE 2, autónomos agrarios, CSE 3, cooperativistas). Grupo 2. Agricultura por cuenta ajena (CSE 5, trabajadores agrarios). Grupo 3. Empresarios no agrarios (CSE 7). Grupo 4. Profesionales por cuenta propia (CSE 6). Grupo 5. Autónomos no agrarios (CSE 8, autónomos no agrarios, y CSE 9, cooperativistas no agrarios). Grupo 6. Directivos y supervisores, que incluye las CSE 4, directivos y gerentes de empresas agrarias, CSE 10, idem no agrarios y altos funcionarios, y la CSE 12, profesionales específicos de la administración pública. Grupo 7. Profesionales por cuenta ajena (CSE 11, profesionales y Técnicos y CSE 18, profesionales de las FF.AA.). Grupo 8. Trabajadores no manuales (CSE 13, personal administrativo y comercial). Grupo 9. Trabajadores manuales cualificados (CSE 15, cabos y encargados, y CSE 16, obreros cualificados) y Grupo 10. Trabajadores no cualificados (con las CSE 14, resto de personal de servicios, y CSE 17, peones), más un grupo de no clasificables.

⁷ Estos autores siguen, aquí, la distinción de la EPA por sector de actividad que delimita el sector agrario del resto.

Presentaremos, primero, un cuadro sobre el modelo simplificado de Goldthorpe ligeramente modificado ya que distinguiremos los empresarios de la clase de servicio, por considerarlo más lógico y facilitar la comparación con el modelo simplificado de Wright. El resultado se muestra al cuadro 4.2.

Respecto a la operativización del modelo de Wright hemos optado por su modelo simplificado, tres grandes clases. Hemos distinguido dentro de la clase media entre la vieja clase media, la pequeña burguesía en clave marxista, y la nueva clase media, asalariados que disponen de bienes de organización y/o calificación. Igualmente, en el seno de la clase obrera hemos distinguido entre trabajadores no manuales y manuales. Hay que recordar que mientras la clase media tiene una categorización clara en Wright, en el modelo de Goldthorpe únicamente se define por ocupar una posición intermedia entre la clase de servicio y la clase obrera. Igualmente, de acuerdo con los neomarxistas, en este caso, consideramos que los trabajadores no manuales forman parte de la clase obrera (en el caso de los neweberianos y, por tanto, de Goldthorpe, formarían parte de la clase media).

Cuadro 4.3. La evolución de la estratificación de clases en España según el modelo simplificado de Wright, modificado, en %. 1976-2004

| | | 1976 | 1986 | 1996 | 2004 |
|--------------|-----------|-------|-------|-------|-------|
| Propietarios | | 3,06 | 3,12 | 4,72 | 4,94 |
| Clase Media | Vieja | 22,22 | 23,05 | 18,71 | 13,17 |
| | Nueva | 8,94 | 11,31 | 15,96 | 19,29 |
| Clase Obrera | No manual | 12,89 | 14,69 | 16,66 | 17,56 |
| | Manual | 48,29 | 45,31 | 42,69 | 44,53 |

Elaboración propia. Fuente: Agrupación de las CSE de la EPA de Garrido y González (2005). Vieja clase media: agrupaciones 1, 4 y 5. Nueva clase media: agrupaciones 6 y 7. Clase obrera no manual: agrupación 8. Clase obrera manual: agrupación 9 y 10.

De estas dos aproximaciones podemos extraer dos grandes tendencias en la estructura de clase. Una primera es el aumento de las nuevas clases medias hasta llegar a un perfil de estructura social muy similar al de nuestro entorno europeo. La segunda es la relevancia que mantiene la clase obrera o las clases trabajadoras y, en su seno, una cierta polarización entre las ocupaciones. Veámoslo más en detalle.

Tanto la aproximación de Requena (2001) como las aproximaciones con los modelos simplificados de Goldthorpe y Wright que hemos presentado, nos muestran un aumento de la clase de servicio, en el primer caso, o de la clase media, en el segundo. Igualmente, se modifica la composición interna de la clase media a lo largo de estos años. La principal característica de la estructura de clase española en los años 70, en comparación con los países del entorno europeo, era la amplitud de la vieja clase media, la pequeña burguesía clásica (los trabajadores autónomos y el pequeño negocio familiar que, según Garrido y González representaban casi un tercio de los empleos). Más tarde, como consecuencia del aumento de la asalarización, de la cualificación de la

fuerza de trabajo y la expansión de profesionales y técnicos, la puesta en pie del Estado de Bienestar, etc, los efectivos de la nueva y la vieja clase media se equiparan a finales de la década de los 90 y, a mediados de los años 2000, profesionales y técnicos asalariados ganan la primera posición.

Este aumento de las nuevas clases medias, particularmente de las capas de asalariados profesionales y técnicos, se ha dado con una reducción relativa de las clases trabajadoras, que con todo, mantienen un peso numérico y proporcional muy importante (que varía según el perfil concreto que demos en clase obrera, como hemos visto en las tres aproximaciones). En estos cuarenta años se ha dado una tendencia, suave pero evidente, a la reducción de efectivos de la clase obrera como consecuencia de la desindustrialización relativa, particularmente en la década de los años 80 con la reconversión industrial, el aumento de efectivos de profesionales y técnicos en las empresas públicas y privadas, etc. También tenemos una tendencia contraria, derivada de la dualización del mercado de trabajo. Por un lado, la conformación de un sector primario con trabajo estable y seguro, bien remunerado y que ofrece perspectivas de mejora laboral (muchos de sus componentes serían los miembros de las nuevas clases medias). Por otro lado, un mercado secundario de trabajo, que reclama mano de obra flexible, temporal y sin calificar. Un indicador en este sentido. Los trabajadores no cualificados (que incluye las CSE 14, resto de personal de servicios, y CSE 17, peones, de la EPA) han pasado de representar el 15,30% del total de la población activa en 1986, al 19,05 en 1996, para aumentar el 20,30 en 2004. Dicho de otra forma, el modelo de desarrollo económico español no sólo ha aumentado los puestos de trabajos más cualificados sino también su contrario. Más aún, su peso relativo entre los trabajadores manuales y no manuales ha aumentado y, como visto, muchos de estos trabajadores y trabajadoras son de origen inmigrante lo que etnifica nuestra estructura de clases.

Implicaciones sociopolíticas de la transformación de la estructura de clases

El debate sobre las implicaciones sociopolíticas de los nuevos procesos de estructuración de clases se ha centrado en dos grandes temas. Uno, más antiguo, el llamado "aburguesamiento de la clase obrera"; el otro, las consecuencias de la irrupción y consolidación de las nuevas clases medias. Empecemos por este último. Si el análisis de las nuevas clases medias ha sido y es, como hemos visto, objeto de debate no lo es menos sus implicaciones sociopolíticas. A grandes rasgos, siguiendo los textos de Garrido y González (2005) y Tezanos (2005), podemos establecer dos grandes enfoques: aquellos que consideran que se trata de grupos sociales con una orientación de orden, estabilidad y moderación, y aquellos otros que los consideran fuerzas sociales progresistas. Entre los primeros, habría que destacar a Lipset y una gran cantidad de sociólogos y politólogos norteamericanos que, en los años 70, oponían los valores de tolerancia, equilibrio y moderación, que consideraban propios de estos sectores frente a la mayor inclinación al extremismo de las clases trabajadoras. En la misma línea, los teóricos de la modernización consideraban que la existencia de unas clases medias, particularmente las nuevas clases medias, más educadas y modernas, constituía un pre-requisito y garantía para la instauración de regímenes democráticos

en los países subdesarrollados (Apter, 1970). Desde una óptica diferente, Goldthorpe (1993) señala que la "clase de servicio" tiene una orientación básicamente conservadora. Desde una perspectiva europea e inmerso en los acontecimientos de los años 70 y 80, con la emergencia de los nuevos movimientos sociales, Goldthorpe no ignora los fenómenos de radicalismo político pero considera que son pasajeros y que el propio proceso de formación de la "clase de servicio" y su lógica, un servicio altamente cualificado a cambio de un trato preferente en un marco de confianza recíproca con la clase dominante, terminará consolidando su "vocación conservadora". En una línea similar, muchos politólogos han considerado las nuevas clases medias como el eje del centro político que los partidos de una parte y otra del espectro, derecha e izquierda, deben cortejar para conseguir amplias mayorías electorales.

Desde una perspectiva distinta, diferentes autores identifican como más propio de las nuevas clases medias una orientación política progresista, cuando no contestataria. Aunque reconoce las contradicciones internas de estas capas, Gouldner (1985) subraya su impacto no sólo sobre las tendencias culturales y los estilos de vida (antiautoritarismo, tolerancia, contracultura) sino sus efectos políticos en términos de nuevas formas de protesta y disidencia política. Desde su posición neoweberiana, Parkin habla también de un nuevo radicalismo de clase media debido a su inconsistencia de estatus ya que trabajan en tareas de carácter social poco remuneradas o bien sus altas calificaciones no encuentran una correspondencia adecuada en términos de ingresos y niveles de vida. Por su parte, Kitschelt (1993) destaca la situación de mercado de las nuevas clases medias y subraya la relación entre la experiencia laboral y los marcos cognitivos y simbólicos que orientan la práctica sociopolítica en las sociedades avanzadas. Su idea básica es que los hábitos de juicio crítico, participación activa y *hethos* libertario, propios de las nuevas formas de hacer política y particularmente de los Nuevos Movimientos Sociales, serán mucho más probables en aquellos ámbitos laborales y profesionales que requieren altas calificaciones en trabajos no rutinarios con información y personas (particularmente del sector público). En esa línea, pero sin aportar un razonamiento teórico desde el punto de vista de las clases como Parkin y Kitschelt, son muy numerosos los sociólogos que han estudiado los Nuevos Movimientos Sociales y han destacado las nuevas clases medias como su base social o una de sus bases sociales (Offe, 1988; Riechman, 1991; Pérez Ledesma, 1994; Alonso, 1998). A este tipo de argumentos se ha opuesto el carácter poco estable y con alti-bajos de los Nuevos Movimientos Sociales y, sobre todo, que este tipo de comportamiento tiene un marcado componente generacional. Si de la recopilación teórica pasamos a la realidad concreta española encontramos concreciones que parecen abonar la tesis de la orientación progresista, pero también su contraria. En el caso español, la base social más clara del movimiento feminista, anti-OTAN y pacifista y ecologista, de los años 80 y 90, han sido los miembros de las nuevas clases medias, con un perfil joven, universitario y ocupado en tareas profesionales (Riechman, 1991; Pérez Ledesma, 1994; Alonso, 1998). Sus líderes, así como una parte importante del núcleo organizado y más activo, responden a este perfil. Otra concreción, esta más contradictoria la tenemos en el ámbito electoral. Según el análisis de González (2005), las nuevas clases medias constituyeron una de las bases del triunfo

electoral del PSOE en 1982 y, en menor medida, en 1986, para posteriormente, alejarse de este partido.

Sea por la subida de la presión fiscal o por razones de tipo ideológico, desde mitad de la década de los años 80 hasta mediados de los años 90, las nuevas clases medias se polarizan relativamente, destacando proporcionalmente su apoyo al PP y a IU. De hecho, las nuevas clases medias fueron uno de los bastiones del triunfo electoral del PP en 1996.⁸ Esta relativa polarización de las nuevas clases medias entre PP e IU "correlacionaba en buena medida con la distinción entre sector público y privado, de tal forma que mientras las nuevas clases medias vinculadas al sector privado prestaban un nivel relativamente alto de apoyo al PP, las vinculadas al sector público lo daban a Izquierda Unida" (González, 2005). Según el análisis de González, las nuevas clases medias que dependen del sector público son, en cierta medida, beneficiarias de las políticas de bienestar en sanidad, educación, etc. Su eventual rechazo a la presión fiscal se ve neutralizado por el beneficio que obtienen en términos de expansión y mejora de su ámbito de desarrollo profesional; otro factor que explica este "radicalismo de clase media", en el sentido de Parkinson, es la influencia organizativa e ideológica de CC.OO. en el sector público (según datos de sindicación y elecciones, 1993). Más allá de la década de los años 90, en las elecciones de 2000 -mayoría absoluta del PP- y en las de 2004, con el triunfo de Zapatero, el comportamiento electoral de las nuevas clases medias no se ha distinguido por un apoyo a uno u otro, repartiendo sus votos entre los dos grandes partidos.

Por lo tanto, a la heterogeneidad relativa de las nuevas clases medias parece corresponder una heterogeneidad de comportamientos políticos que, al menos en su traducción electoral, parecen variar en función de su composición interna (edad y adscripción sectorial fundamentalmente), el ciclo político (de hegemonía del PSOE o del PP) y otros factores. En todo caso es remarcable que, frente a la vieja clase media de perfil conservador y base electoral de la derecha (sea estatal, PP, o nacionalista, CiU y PNV), la nueva clase media presenta mayores variaciones y diversidad interna.

El otro gran debate sobre las implicaciones sociopolíticas de los procesos de estructuración en las sociedades capitalistas desarrolladas, ha sido la "crisis de la conciencia obrera" o el "aburguesamiento" de los trabajadores. Un debate que en la Europa central se dio desde mediados de los años 60 hasta principios de la década de los años 80 (Bon y Murnier, 1971; Miliband, 1978; Touraine, 1980; Gorz, 1981; Sweezy, 1983) y que llegó a España un poco más tarde (Tezanos, 1982; Del Río, 1989). El conjunto de estas denominaciones, "crisis de conciencia", "aburguesamiento" y otros, hacen referencia a comportamientos "acomodados", "reformistas" o "poco radicales" de

⁸ En estas elecciones, el 35,7% de las nuevas clases medias votaron al PP por un 18,1% al PSOE, cuando diez años antes, en 1986, las proporciones habían sido de 24,8 y el 21,4% respectivamente. Respecto a IU, los componentes de las nuevas clases medias representaron, junto a los trabajadores cualificados y no cualificados, sus votantes más numerosos en 1996. Por el contrario, la vieja clase media ha tenido un comportamiento mucho más coherente y sostenido en las elecciones desde 1986, votando de forma mayoritaria primero a AP y luego al PP (González, 2005).

los trabajadores y trabajadoras en las sociedades capitalistas desarrolladas que, presuntamente, serían poco propios de su condición de clase.

Esta polémica, hoy considerada poco actual pero de gran impacto en la época, debe enmarcarse en las transformaciones sociales y los procesos de estructuración que caracterizan y son la herencia de los "Treinta Gloriosos" (1945-1973). Siguiendo y sintetizando a Miliband (1978), Touraine (1980), Tezanos (1982) y Del Río (1989), podríamos señalar la mejora de las condiciones de vida de amplias capas de trabajadores (a nivel de salarios, acceso a consumo, extensión del salario indirecto vía el Estado de Bienestar); la modificación del trabajo y las ocupaciones, derivado de la extensión del sector servicios; la mayor cualificación y especialización; el auge de los trabajadores de "cuello blanco", etc., y un cierto aumento de la movilidad social como consecuencia de las mayores oportunidades educativas y lo que se vive como un funcionamiento más "meritocrático" (que no altera sustancialmente la estructura de clases sino más bien es una percepción derivada del aumento del nivel de vida y de las transformaciones de la estructura productiva). A estos factores, habría que añadir otros más específicamente sociopolíticos como la reiterada hegemonía de los partidos socialdemócratas en el seno del movimiento obrero y en las sucesivas contiendas electorales,⁹ la reglamentación e institucionalización de los conflictos en el marco del corporatismo propio del Estado de Bienestar clásico y, no por último menos importante, la mayor incidencia y eficacia de los medios de comunicación para influir y modelar la conciencia y visión del mundo de las amplias capas populares. Este debate sobre el aburguesamiento tuvo diferentes vertientes en los que no nos podemos extender aquí. Sólo señalar algunos aspectos. Hablar de aburguesamiento implica una atribución de conciencia revolucionaria a la clase obrera, el "proletariado", que la historia europea del siglo XX puso en cuestión. Supone, también, establecer un determinismo entre la situación objetiva de clase, que según la teoría marxista genera unos intereses opuestos a la sociedad capitalista, y el comportamiento sociopolítico de los trabajadores ignorando el conjunto de mediaciones que operan (Estado, medios de comunicación, educación) y la vivencia real de esos trabajadores (significativamente, la mejora real de las condiciones de vida y el acceso al consumo de masas). En muchos de estos análisis se confundía teoría y realidad, "las clases obreras vivas con el concepto resultante de la abstracción de los elementos que diferencian (en el nivel teórico) a la clase obrera" (Del Río, 1989: 86). Como recordaba Miliband, desde la experiencia histórica inglesa pero no sólo, "siempre ha existido en los movimientos obreros -y fuera de ellos- una tendencia hacia la reforma social [...] que (por otra parte) siempre ha sido

⁹ La excepción a la hegemonía de los partidos socialistas y/o sociales-cristianos fue el caso italiano donde el Partido Comunista Italiano, el más grande de Occidente, hegemonizó el voto popular de izquierda. Sin embargo, como se recordará, la doctrina oficial del PCI era el "compromiso histórico", una alianza estratégica con los sectores "centristas" de la burguesía representados por el ala "izquierda" de la Democracia Cristiana, para cambiar la hegemonía este partido sobre la sociedad italiana por otra progresista. Dicho de otra forma, el único partido comunista hegemónico en el campo político de la izquierda de su país tenía una orientación claramente socialdemócrata (a diferencia del Partido Comunista Francés y Portugués, con notable influencia electoral pero minoritaria que mantuvieron una línea más ortodoxa y pro-soviética).

una parte intrínseca de la política del capitalismo "(Miliband, 1978: 197). Por tanto, las tendencias reformistas o hacia el aburguesamiento de ciertos sectores de la clase trabajadora "no pueden ser vistas, bajo ningún concepto, como acontecimientos recientes, por mucho que en las últimas décadas del siglo XX hayan adquirido dimensiones y rasgos nuevos" (Tezanos, 2005: 261).

En nuestro país, la cuestión del aburguesamiento de la clase obrera o de forma más realista, de las capas de trabajadores y trabajadoras, se dio enmarcada en el proceso de transición política, que no supuso una ruptura sino una reforma pactada que con los años se vio como profunda y de amplio vuelo. Inmediatamente después de la transición, una vez pasada la urgencia política del cambio de régimen, se dio una reconversión industrial particularmente intensa y concentrada que, sin embargo, no alteró la hegemonía electoral del PSOE que revalidó su mayoría absoluta en las elecciones de 1986. A ello, habría que añadir el proceso de terciarización, la ampliación de las capas de asalariados profesionales y técnicos, la construcción del Estado de Bienestar, etc.

Más allá del debate, y de sus términos poco afortunados como el calificativo de aburguesamiento, ¿qué rasgos empíricos podemos señalar en el caso español de esta "acomodación de la clase obrera"? Normalmente, se señalan la tendencia a sustituir una concepción revolucionaria, radical, en los sindicatos y partidos obreros, por otra instrumental, mediadora y reformista. Sin embargo, si dejamos aparte la historia española de principios del siglo XX y particularmente los años 20 y 30, los llamados "partidos obreros" (PSOE y PCE) y los "sindicatos de clase" (CC.OO., UGT) tuvieron un papel decisivo en la reforma política y en la elaboración y aceptación de la Constitución de 1978 y de los Pactos de la Moncloa. Otros rasgos serían los sentimientos de pertenecer a la "clase media", más rigurosamente a las nuevas clases medias, la autoidentificación como tal por parte de los trabajadores, la difusión de valores y rasgos culturales considerados de clase media (como el familiarismo, el racionalismo inversor, el consumismo y el individualismo) y los comportamientos políticos moderados. Veamos algunos de estos aspectos.

En las últimas décadas, los trabajadores industriales españoles, el núcleo duro de la clase obrera más o menos mitificada, ha venido presentando perfiles y componentes actitudinales bastante similares a los de otros países europeos. Una amplísima mayoría ha asumido valores y mentalidades moderados y sus percepciones sobre la estructura de clase son cada vez más complejas y alejadas del dicotomismo básico burguesía-proletariado. Así, se han ido reduciendo los trabajadores manuales que se autoidentifican como clase obrera y gana la percepción de que se forma parte de la clase media. Subrayo que hablamos de trabajadores manuales y no de profesionales y/o técnicos asalariados, los que antes hemos definido como nuevas clases medias. Pues bien, en 1985, el 32,1% de los trabajadores manuales entrevistados se autodefinían como clase obrera, trabajadora o proletariado, mientras el 38,5 se consideraba como clase media. Quince años después, en 2000, la autodefinición como clase media había aumentado al 70,4% entre los trabajadores manuales entrevistados, mientras se

consideraba clase obrera, en todas sus denominaciones, un 21,8% (Tezanos, 2005: 266 - 267).

Si de la autoidentificación pasamos al comportamiento electoral, las elecciones de 1982 y 1986 ofrecen, en lo esencial, un escenario típico de adscripción de clase con unos trabajadores manuales concentrados en el voto PSOE y, en menor medida PCE e IU después, y unas viejas clase medias decantadas clarísimamente por AP. Diez años después, en 1996 cuando José María Aznar obtuvo mayoría relativa y ganó el gobierno para la derecha por primera vez en democracia, la relación entre voto y clase se había difuminado. Más en concreto, el PP logró reducir distancias con el PSOE entre los trabajadores manuales y, como hemos visto, entre las nuevas clases medias a la vez que mantenía su hegemonía entre las viejas clases medias. Más tarde, en las elecciones de 2000, cuando el PP obtuvo mayoría absoluta, su apoyo entre los trabajadores manuales había aumentado hasta casi equipararse al del PSOE (Cainzos, 2001: 123-124; González, 2005: 266-268). Después, con las elecciones de 2004, este reparto de voto cambió sustancialmente. Dicho de otra forma y en conclusión, respecto al comportamiento electoral lo que tenemos no es una adscripción "natural" de los trabajadores a los partidos de izquierda. Los primeros constituyen la base electoral más fiel del PSOE y de IU pero este apoyo puede variar y varía en función de los acontecimientos, los ciclos políticos, de la edad y otros factores. Si hemos de hacer caso a la autoidentificación como clase y al comportamiento electoral, España se ha conformado como una "sociedad de clases medias".

[Bibliografía citada](#)